

mientos no los segrega el cerebro y el corazón, como los riñones segregan la orina en frase de Vogt, no son movimientos de la materia, como dice Maleschot, no son bacillus ni microbios escondidos en las ceidillas del cerebro ó en los ventrículos del corazón, ese ideal y ese sentimiento tiene que ser espiritual y por lo tanto más dependen de la eternidad que del tiempo; por eso la Patria de arriba es la casa paterna de todos los hombres, ya pertenezcan á las razas principales, blanca, amarilla ó negra, ó á las razas secundarias cobriza y aceitunada; donde vive el padre de la gran familia, que os dió el árbol para descansar á su sombra, el mar para bañaros y el abuelo para que os entretuviera con sus cuentos. El lugar donde definitivamente juntarse deben todos los hombres que han pasado por la tierra ó los que por hipótesis hayan vivido, vivan ó puedan vivir en alguno de los astros, á la sombra de un árbol común, bajo la protección de una bandera universal y en la casa de un padre que nunca muera.

Y por eso, señores, cuando emigrando á tierras lejanas, allí os encontráis con alguno de aquellos que os vieron nacer, os da un vuelco el corazón y por medio de la brisa que acaricia las flores, y del arroyo que cual cinta de plata, murmura sobre los juncos, y del ave que trina en la enramada, y del reptil que silba en su cubil, y del águila que grita sobre las rocas más altas, y del mar, que aprisionado en su cárcel de arena, unas veces se revuelve y agita y otras

refleja en sus ondas el azul de los inmensos cielos, subís hasta el Cielo y adoráis y bendecís á vuestro padre común. Así nos levanta la patria de abajo, por sus bellezas, á la patria de arriba, porque la unión entre estas dos patrias, es tan estrecha y tan íntima, que bien podemos decir, que es semejante á la unión del alma con el cuerpo. (Aplausos).

El sentimiento religioso en la guerra de la independencia.

La ambición desesperada de Godoy, favorito de Carlos IV, de la que se aprovechó Napoleón, ofreciéndole ceñir á sus sienes la corona de Portugal, fué la causa ocasional de que llegara un día en que los extranjeros, movidos por la codicia, hollaron la cumbre de los Pirineos y hollaron sacrilegamente el suelo español; y cuando todos los corazones españoles se levantaron contra el invasor ¿sabéis quienes contemporizaron con los franceses? Precisamente los que no tenían arraigado el sentimiento religioso ó tenían ideas muy anchas acerca de este sentimiento. Pero en cambio, señores, desde los sacerdotes que llevaban la dirección del Pueblo, hasta el último cristiano, todos se levantaron para pelear como leones y desde el alcalde de Méstoles hasta los catalanes de Bruch, desde Agustina de Aragón hasta el general Castañas en Bailén, no hubo más que un alma para sufrir todos los dolores y una frente para ceñir la corona de la victoria: Daoíz y Velarde que en la plaza de Madrid se batieron con bravura y

heroísmo no superado. Preguntad á todos los héroes de la guerra de la independencia, qué amores llevaban en el corazón para luchar con tanta bravura; preguntad á don Marcelino Menéndez y Pelayo, á Poveda, á Ramón y Cajal y á Benavente y todos os contestarán que llevaban dos amores en su alma: el amor á la Religión y el amor á la Patria; la fe en la inmortalidad por medio del arte ó de la ciencia y el amor por la libertad ó la independencia de la tierra en que nacieron. Recorred todas las grandiosas epopeyas que han inmortalizado á las naciones y no encontraréis ninguna que no descansa en estos dos grandes amores, que yo deseo y quiero que os animen y vivifiquen como animaron y vivificaron á los héroes del dos de Mayo y á todos los cerebros privilegiados del mundo.

Mi sueño.

Voy á terminar, señores, con un sueño que tuve anoche, verdadera pesadilla para mí, pero que bien pudiera ser realidad.

Soñé que había nacido en una Nación, la más grande de todas las naciones del mundo, por su ciencia, por su heroísmo, por su virtud y por su riqueza; que esa Nación, fué decayendo á pasos agigantados, encontrándose próxima á desaparecer del globo, por la mala dirección y administración de sus gobernantes; que cuando todo se profanaba, hasta lo más santo, pareciendo aquella Nación un presidio suelto, de pronto surge un ser verdaderamente providencial, que

desinteresadamente quiere salvarla, porque en su pecho y en su alma estaba todavía vivo y palpitante el amor á la Patria. El Rey que era amante de su pueblo y que ya había agotado todos los medios que su saliduría y prudencia le aconsejaban, se decidió á confiarle sus poderes y aquel hombre trabaja de día y de noche por la salvación y regeneración de su Madre Patria; y cuando por su buena administración iba consiguiendo limpiar á la Nación de deudas, cuando por su buen gobierno, el orden, la moralidad y la justicia resplandecían en todas las manifestaciones de la vida; los enemigos de la paz y del orden le calumniaron ante el Rey de usurpador del erario real y de haber cometido otros atropellos; entonces el Rey le ordenó que en el término de quince días le rindiese cuentas de su gobierno y administración; y entonces aquel hombre intrépido, honrado y valiente que había expuesto su vida y el porvenir de su familia y de sus hijos por salvar á su Patria, le contestó que no eran menester quince días, sino que fuese inmediatamente y le entregaría las cuentas. Fué el Rey seguido de los acusadores pero se halló todo en tan bello orden y con tanta exactitud ajustada la cuenta de ingresos y salidas en los libros que nadie se atrevió á preferir palabra.

De allí se trasladaron á la casa de aquel hombre, donde el Rey admiró la moderación en alhajas, adorno y muebles; pero observando uno de los enemigos que la puerta de un cuarto estaba